

MERCADO DE ALCALA DE HENARES

TRES DIAS DE PANICO

■ CONSUELO ESCOBAR

Eran alrededor de las doce de la mañana cuando les vio otra vez. El corazón empezó a latirle con fuerza, algo más acelerado de lo habitual. Durante toda la mañana había tenido la esperanza de que hoy no volvieran, de que hubieran desaparecido de su vida, como desaparecen las pesadillas cuando se hace de día. Pero no, ahí estaban los tres hombres haciendo acto de una presencia que presagiaba nada bueno. El alto, calvo y desgarbado; el bajito, moreno y con barba; y el rubio, casi cano y con unos ojos azules tan inquietantes. Los tres individuos que le quitaban el sueño.

Todo había empezado dos días antes. Primero llegó el más alto, el calvo y desgarbado. Lo había hecho por la puerta principal, la que da a la calle del Mercado. Al principio no se había fijado en él, aunque desde luego no era el cliente tipo del mercado. Más bien parecía un ejecutivo de un banco o de una compañía de seguros. Iba trajeado, con corbata, y llevaba una cartera de mano. Lo que le llamó la atención fue que de la cartera sacó un papel blanco grande y se puso a dibujar. Como desde su puesto no distinguía bien los trazos, se acercó con disimulo y pudo ver con claridad que eran unos planos del mercado. Se le quedó mirando y el hombre los guardó apresuradamente mientras se alejaba de su vista.

Echó una ojeada alrededor y vio que nadie más se había percatado. Con un encogimiento de hombros se dirigió de nuevo a su puesto,

pero a medio camino volvió a pararse. Semiescondido por un puesto estaba el mismo hombre haciendo trazos sobre el papel blanco después de estudiar atentamente el terreno. De nuevo, cuando vio que era observado guardó todo el instrumental y se dirigió al piso de arriba. Qué forma tan rara de comportarse, pensó. ¿Por qué no quiere que le vean dibujar un plano?

Ya en su destino se perdió en sus propias meditaciones. Se acordó de cuando era todavía un niño y ayudaba a su padre en el pequeño puesto de ultramarinos. Claro que eran otros tiempos, otro mercado y, por supuesto, otra ciudad pero la sensación que tuvo era la misma, una sensación de malestar, de amenaza. También a aquel mercado llegaron unos hombres trajeados y blandiendo lápices y papeles. Estudiaron el terreno y se pusieron a hablar con los comerciantes, su padre entre ellos. Después, ambos regresaron a casa cabizbajos. Su padre sabía por qué presentaba un aspecto tan sombrío, pero no se lo decía. El sí sabía por qué: porque veía cabizbajo a su padre.

Siempre había contemplado a su padre como a un hombre muy fuerte casi un coloso, que contaba unas batallas increíbles vividas en la guerra civil.

Historias de hambre, de privaciones, de dolor y de muerte; pero también, a veces, historias de camaradería y de amoríos. Todas las noches, su madre y su hermana escuchaban los seriales de la radio que tanto les gustaban y él se sentaba con su padre mientras éste fabricaba sus pitillos con aquel tabaco de picadura que se vendía en paquetes grandes.

Luego éste le dejaba encender uno, sólo encender y sólo la primera calada, mientras le decía: "Ginés, cuando seas padre comerás huevo", que era su frase favorita para señalar que, en su familia, el padre siempre debe disfrutar de privilegios. Y él, Ginesito, portador de un nombre cuyo origen se perdía en la noche de varias generaciones de la familia, hacía sus cábalas de cómo sería su vida cuando "comiera huevo": tendría una familia, una vivienda propia y, desde luego, un puesto en el mercado. Por eso sentía esa enorme desazón: algo le advertía que esos hombres amenazaban su futuro soñado.

Un día su padre se sinceró con él y le confirmó sus peores temores: iban a vender el mercado. Ginés contuvo la respiración: eso en el fondo no era tan grave, pensó, cambiará de manos y ya está. Su padre, que siempre parecía que le adivinaba el pensamiento añadió: "El que cambiara la propiedad no sería demasiado grave. Al fin y al cabo los que tenemos arrendados los puestos podríamos seguir igual. El problema es que quieren derribarlo y aprovechar el solar para construir casas". "¿Sin mercado, papá? "Solo casas, hijo". "¿Y nuestra tienda? "No te preocupes. Nos instalaremos en otra parte". Pero no se instalaron en otra parte. Los alquileres de locales eran demasiado altos para una economía como la suya. Agarrado a la cintura de su padre mientras éste rodeaba sus hombros con su brazo protector, asistió con ojos llorosos al trabajo de las piquetas sobre el edificio que había albergado su infancia y su incipiente adolescencia. Con el montón de cascotes se iba una parte de su vida y, sobre todo, se iba su futuro, según pensaba catastróficamente desde sus catorce años.



Al poco tiempo –Ginés está seguro que de pena– su padre moría y él se quedaba huérfano de todo. No tenía padre, no tenía profesión y, a la vista de las circunstancias, tampoco tenía futuro. Su madre, como se le daba bien coser, se puso de costurera por las casas. Cada día iba a una distinta y volvía al hogar con la cena (una barra de pan, dos huevos y una naranja) y con un jornal para ir tirando muy malamente. Mientras, él era el encargado de cuidar de su hermana y de la casa, casi como un padre de familia, pero todavía sin “comer huevo”.

Un día su madre llegó a casa muy contenta. Le había encontrado un trabajo gracias a la señora de una de las casas a las que iba a coser. “¿En un mercado?”, preguntó con la esperanza de que fuera en lo suyo. Pero no, el trabajo era de botones de un banco. Se alarmó bastante; él no entendía nada de bancos, y las únicas cuentas que sabía hacer eran las de los pesos y medidas de garbanzos y lentejas. Su madre le regañó y le dijo que, ante la pobreza, uno tenía que hacer lo que fuera y que, de todas formas, el poder entrar en un banco, aún por la puerta más pequeña, siempre era una garantía de cara al futuro. Allí podría aprender mucho y labrarse un porvenir. “Pero eso no es lo mío”, protestó tímidamente, porque en el fondo reconocía que cuando de lo que se trata es de sobrevivir no queda más remedio que aprovechar las oportunidades.

Le sacó de sus meditaciones la presencia del hombre inquietante. Ahora había vuelto a bajar y hablaba con Martín, el frutero de enfrente. Ambos mantenían una conversación muy animada, aunque discreta y, de vez en cuando, le pareció que le miraban de soslayo. Inquieto, se volvió a Concha, su mujer, que estaba cobrando a una clienta. “¿Te has fijado en ese hombre?”. “¿Qué hombre?”, contestó Concha distraídamente, contando monedas del cajón. “Ese, el que está hablando con Martín”, con tono apremiante. “¿Pero no ves cómo está hoy el mercado de gente?. Como para fijarme en alguien”. Y Concha siguió en su rollo sin dedicarle siquiera una mirada al desconocido, cuya presencia tanto desasosiego causaba a Ginés.

Al cabo del rato éste desapareció. No le vio marcharse porque estaba atendiendo y se quedó con la intriga de saber qué había hecho al final, si había seguido dibujando y por dónde había salido. En cuanto pudo se acercó a Martín. “¿Quién era ese hombre?”. “¿Qué hombre?”, repuso Martín. “Ese del traje azul, con el que estabas hablando”. El

frutero puso gesto interrogante mientras le contestaba: “Llevo toda la mañana hablando con gente. No sé a quien te refieres”. Ginés se mosqueó. ¿Cómo no iba a saber a quién se refería si acababa de marcharse?. Martín insistió en que no sabía de quién le estaba hablando y, además, no recordaba a ningún hombre con un traje azul. En ese momento Ginés decidió que le estaba engañando, aunque no sabía por qué oscuros motivos. Sin embargo, la cara de Martín era un fiel reflejo de la inocencia más absoluta. Y, además, se trataba de un buen hombre, todo compañerismo y simpatía. Sus relaciones habían sido inmejorables a lo largo de todos los años que se conocían y, además, muchos días se tomaban un



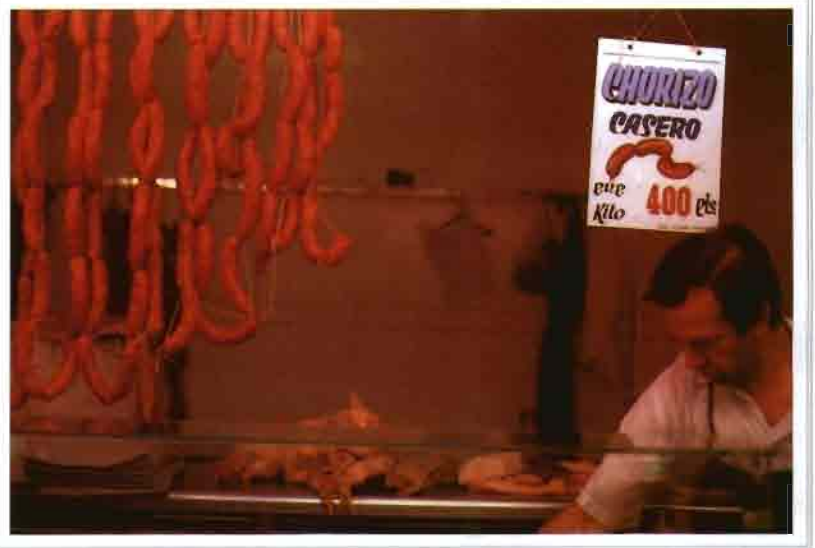
aperitivo en el pequeño bar del mercado. Pero Ginés confiaba en su olfato y, sobre todo, en su memoria, y aquel hombre le había recordado a aquellos otros que llevaron la piqueta al mercado de su infancia. Decidió otra vía más astuta. Le sacaría de mentira una verdad. “Martín, he oído rumores muy fundados de que quieren demoler el mercado y vender el solar a una constructora de viviendas”. La carcajada de Martín se oyó tanto que hizo volverse a las personas cercanas. “Pero Ginés, decididamente cada día estás más chocho. Esto es el Mercado Municipal de Abastos y el Ayuntamiento no tiene intención de vender nada. Entre otras cosas, porque no va a privar a Alcalá de Henares de su mercado. Además, todos los planes de urbanismo para esta zona están ya concluidos desde hace años. ¿Cómo te has podido tragar ese cuento?”.

Al día siguiente estaba avergonzado de su paranoia. Tanto, que no se atrevía a mirar a Martín. La noche anterior, en casa, se lo había contado todo a Concha. Lo del hombre y lo de su idea de que algo se tramaba para vender el mercado. Esta le había regañado ya que no entendía por qué se pasaba la vida autoflagelándose mentalmente. Siempre había sido un hombre obsesivo y demasiado preocupado por todo, aun cuando las cosas le fueran bien, rasgo de su carácter que él siempre atribuía a una adolescencia y juventud difíciles. El caso es que, a la larga, la vida no le había ido mal. El empleo en el banco no le gustaba demasiado, pero en el fondo tampoco era tan malo. El problema era que se lo habían impuesto las circunstancias, no la vocación. Y eso le traía a mal traer.

Un día, su hermana le presentó a una amiga de la academia de secretariado. Ginés no le hizo demasiado caso porque tenía por costumbre ignorar a las amigas de su hermana, aunque ésta era más agraciada y simpática que otras que había conocido antes. Un domingo por la tarde en que estaba distraído oyendo por la radio los resultados del fútbol, mientras mojaba picatostes en el chocolate que había preparado su madre para obsequiar a la invitada, le llegó, como un eco lejano, una frase familiar: “... un puesto en el mercado”. Despegó la oreja del aparato de radio y prestó más atención, pero no hizo falta porque su madre dirigiéndose a él le decía: “Mira Ginés, el padre de Concha tiene un puesto en el Mercado Municipal de Abastos de Alcalá de Henares”. Miró a Concha que le sonreía ampliamente, contenta por el interés repentino de Ginés en su persona. “Es que –prosiguió su madre– mi marido también tuvo un puesto en un mercado. Era de ultramarinos ¿y el de tu padre?”. Ginés cerró los ojos notando que el corazón le latía fuertemente. “Por favor Señor –medio rezó– que sea de ultramarinos”. “No señora –dijo Concha dulcemente– el de mi padre es de casquería”. Ginés abrió los ojos. “Vaya –pensó– que mala suerte”, y se volvió otra vez hacia la radio subiendo el volumen para oír mejor y, además, para demostrar que, por su parte, había terminado la conversación.

Pero no, no había terminado. Pasado el primer desencanto concluyó que un puesto





es un puesto, se mire como se mire, y que las posibilidades que se abrían ante él eran inmensas. Su gozo aumentó cuando descubrió que Concha era hija única y, por tanto, heredera única de su progenitor. No es que se casara con ella sólo por interés, ni hablar. Concha era una mujer extraordinaria, pero tenía que reconocer que para él poseía un valor añadido. Con Ramón, su suegro, congenió desde el primer momento. También era un tendero vocacional y, a pesar de la inicial reticencia de Ginés hacia las vísceras de todas clases aunque le gustaban mucho los callos a la madrileña y el hígado encebollado, llegó a acostumbrarse y a estar tan orgulloso de su “especialidad” que se molestaba cuando alguien se refería a las películas malas con muchos crímenes como películas “de casquería”. Además, los callos que hacía Concha tenían una buenísima reputación en todo Alcalá de Henares, casi tanto como las garrapiñadas, afirmaba siempre él, con un tono de voz que no podía disimular de orgullo.

Acababa de despachar medio kilo de filetes de hígado cuando el corazón se le vino a la boca. Allí, por segundo día consecutivo, estaba el hombre de sus sueños inquietantes, el calvo, alto y desgarbado. En esta ocasión no venía de traje ni sólo. Estaba acompañado de otros dos: el bajito, moreno y con barba, y el rubio casi cano, con unos ojos azules transparentes.

Empezaron a reconocer el terreno. Se movían lo más sigilosamente que podían por todo el mercado, que a esa hora estaba extrañamente en calma. Pero sus movimientos eran muy sospechosos. Iban de puesto en puesto por la zona cercana a la casquería. Tras reconocer atentamente cada palmo del terreno celebraban consultas entre ellos; después de lo que parecía una discusión, asentían y apuntaban o se alejaban con aspecto de rechazo. Después de observar durante un rato sus movimientos llamó la atención de Concha, que estaba de charla con una cliente. “Concha, mira, el hombre del que te hablaba ayer. El del traje”. “Yo no veo a nadie de traje”, contestó Concha sin esforzarse demasiado en mirar. “Es que hoy no lo lleva y además viene con otros dos. Te aseguro que esos tíos traman algo”. “No empieces con tus tonterías, Ginés, que luego te pasa lo que te pasa”. Ginés se dio la vuelta malhumorado. Una cosa era que Concha no le tomara muy en serio sus paranoias y otra, muy diferente, que le recordara cosas del pasado.

Aunque habían pasado unos años, todavía la gente del mercado se acordaba de aquella vez en que Ginés abortó la detención de un carterista. Estaba como siempre, oteando el panorama y atento a todo lo que sucedía a su alrededor, cuando de repente oyó: “Al ladrón, al ladrón”. Y cuando vio a un tipo pasar a toda mecha por su lado, ni corto ni perezoso se lanzó a por él y, tal y como había visto en las películas, le enganchó por los pies y los dos cayeron rodando por el suelo.

Tardó un poco en entender por qué los demás se empeñaban en separarles y le decían: “Que desastre eres, Ginés”. A quién había “detenido” era al policía que habían enviado de la comisaría cercana para vigilar que no sucedieran robos después de la racha de hurtos que llevaba padeciendo el mercado. Hacía días que Ginés había detectado su presencia y, con esa imaginación portentosa que poseía, decidido que era un elemento sospechoso al que había que observar sus movimientos.

Lo que estaba destinado a ser una acción heroica se convirtió en motivo de chanzas. Como también era motivo de chirigota el día en que vio a un chico intentando abrir su furgoneta “dos caballos” color beige. Se fue hacia él y le enganchó de tal forma que si no se lo quitan le mata. Ante el alboroto que se organizó salió medio mercado a ver qué pasaba.

Y lo que pasaba era que sujetaba fuertemente al muchacho, al tiempo que le pegaba unas cuantas tortas y gritaba a Concha: “Llama a la policía. Este va a tener un buen escarmiento”. No entendía por qué Concha intentaba separarles mientras le preguntaba: “Pero ¿qué te ha hecho?”. “Intentaba robarme la furgoneta, el muy desgraciado”, respondió ante la estupidez de Concha, que perdía el tiempo en preguntas tontas. Lo peor vino cuando Concha, a voz en grito, le recordó: “Cómo va a robarte la furgoneta si la llevaste ayer al taller y no te la tienen hasta pasado mañana”.

Bueno. Había sido otro caso de mala suerte. Todo se había conjurado para hacerle quedar en ridículo: una furgoneta idéntica a la suya en el lugar en que él siempre aparcaba, un chico desconocido que intentaba abrirla con gran esfuerzo porque se la habían prestado y desconocía las llaves, etcétera, etcétera, etcétera.



Con estos antecedentes, a ver quién era el guapo que exponía ante los otros la inquietud y desazón que sentía por la presencia de los tres desconocidos. “Estos traman algo”, se insistía machaconamente en su interior, mientras los veía dirigirse al piso de arriba.

Tardaron un buen rato en bajar, pero para entonces Ginés ya había decidido que lo que iban a hacer esos hombres era un atraco a gran escala. ¿Por qué no?. Cosas de ese tipo se veían todos los días en el cine. Podían entrar unos cuantos hombres encapuchados al final de la jornada, cuando en los puestos se hace la recaudación, ocupar todo el mercado y obligarlos a entregar el dinero.

Casi todos solían tener un sitio secreto para guardar los billetes mientras los podían llevar al banco, pero a estas alturas seguro que esos hombres ya sabían los escondites. Se dio cuenta de que estaba sudando. Decidió salir a tomar un poco el fresco. Se dirigía a la puerta de la calle de la Escuela cuando los vio parados a unos metros. Se detuvo en seco para esconderse pero le llegó un retazo, sólo un retazo, de la conversación: “Tenemos que actuar mañana –dijo el alto–. Es imposible demorarlo ni un día más porque peligra toda la operación”.

Ginés se llevó una mano al pecho, justo a la altura del corazón. Le pareció incluso que había gritado, pero las dos personas que salían ni le miraron, señal de que el grito se había ahogado en su interior.

¿Qué hacer?, ¿a quién contárselo?. Sin dudar, a la policía. Pero ¿sobre qué base, con qué fundamento?. Le preguntarían que en qué se basaba para sospechar tal cosa, y él ¿qué contestaría?, ¿que era más perspicaz que nadie? ¿que se basaba en gestos, miradas e intuición?

Nada, no le harían caso. También podía intentar convencer a Concha. Sabía que, puesto que no tenían hijos, él lo era todo para ella y le secundaría en cualquier cosa que emprendiera. ¿Pero en eso también?. No, nunca le acompañaría a la policía para denunciar sus sospechas.

Decididamente, tendría que arreglárselas solo. Al día siguiente estaría pendiente de lo que pasara y, ante el menor movimiento sospechoso llamaría a la policía. Además, el hecho de que otras veces hubiera fallado no significaba que no pudiera controlar la situación. Al fin y al cabo, a alguien había conseguido detener, aunque, por desgracia, hubiera sido la persona equivocada.

Con este espíritu había llegado al mercado ese día. Estaba dispuesto a vigilar mucho, a procurar que no pasara nada y a ser un héroe si se presentaba la ocasión. Eran sobre las doce del mediodía cuando les vio otra vez. Durante toda la mañana había tenido la esperanza de que hoy no volvieran, de que hubieran desaparecido de su vida y todo fuera sólo una pesadilla.

Pero no. Ahí estaban, portando cada uno una especie de gran maletín, más parecido a una caja de herramientas que aun portafolios. Ahí estaban, más temprano de lo que él había calculado, pero es que



seguramente iban a preparar el terreno para el resto de los atracadores.

Todo su cuerpo se puso en tensión cuando vio que se dirigían hacia su zona. Se acercaron primero donde Benito, el pescadero. Como la pescadería quedaba en un ángulo perfecto con su puesto y no tenía ningún obstáculo que le tapara la visión, vio con toda claridad como estudiaban el sitio de cabo a rabo.

Ante su estupor, Benito atendía a la clientela sin reparar, al parecer, en la presencia de los tres individuos. Ya iba a ir a avisarle cuando se fijó en que el más alto llamaba a alguien que estaba alejado de la escena. Un nuevo desconocido, portando una caja, se unió a él y ambos se dirigieron hacia Benito para decirle algo al oído.

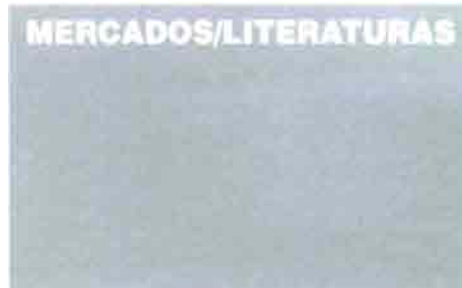
Después, los tres entraron en el pequeño cuarto de trastienda, mientras los otros dos se quedaban fuera, vigilando. Tardaron un poco en salir, pero no todos, ya que el nuevo permaneció dentro. Vio que a Benito le había cambiado la cara, que parecía más pálido. En cuanto se marcharon se acercó a él y le preguntó si pasaba algo, si todo estaba en orden.

Con aire sorprendido y un poco apresurado, el pescadero le contestó: "No, no me pasa nada. ¿Por qué lo preguntas?"

Vio como los hombres se dirigían a la jamonería que estaba justo al lado y repetían la operación. Otro hombre desconocido apareció de repente y se unió al grupo. Se acercaron a Ricardo, el tendero, y le hablaron al oído. Este se adentró en la trastienda con el alto y el nuevo pegados a él. Los otros vigilaron hasta que volvieron a salir al cabo del rato, pero sin el nuevo sospechoso, que se había quedado dentro. Vio que Ricardo estaba muy tenso y que, con sonrisa nerviosa, le preguntaba a una clienta que si eran doscientos los kilos de jamón que le había pedido.

En cuanto se marcharon Ginés se acercó a él y le dijo: "Algo te pasa, Ricardo. Te veo muy mala cara". Ricardo, con sonrisita nerviosa, le contestó que todavía no había tenido tiempo de pintarse. "Muy gracioso desde por la mañana este Ricardo", iba pensando de vuelta a su puesto, cuando se le hizo la luz. ¡Por fin lo veía claro!. No eran atracadores, eran ¡horror! terroristas. No le cabía ninguna duda. Eran terroristas y estaban cobrando el impuesto revolucionario. Seguro que el chantaje consistía en volar el puesto si no se les pagaba. ¿Por qué si no se quedaban escondidos aquellos hombres con la caja?. Otra vez el pánico. Por allí seguían, por todos los puestos alrededor del suyo hablando con los dueños, llevándoselos a la trastienda y volviendo a salir.

Ginés ya no podía más de los nervios, pero lo peor estaba por venir. ¿Qué haría él si se le acercaban y le pedían dinero?. El, desde luego, estaba por no darles ni un céntimo y que fuera lo que Dios quisiera, pero si no se lo daba seguro que le amenazarían con matarlo; o peor, con matar a Concha; o muchísimo peor, con matar a varias personas. Eso es, seguro que le amenazarían con cometer un atentado en el mercado



MERCADOS/LITERATURAS

que se llevaría por delante a muchas víctimas inocentes. Se sintió muy sólo. ¿Por qué los demás no le advertían de nada?. Seguramente estaban muy asustados y todos habían claudicado y pagado. ¿Debería preguntarles?. Cualquiera se atrevía mientras los terroristas siguieran allí.. Se le pusieron los pelos de punta. De repente los vio avanzar por el pasillo hacia su puesto. Miró a Concha que estaba, como siempre, de charla con dos clientas. Ni se había enterado de que algo raro pasaba. ¿Cómo podían los comerciantes del mercado seguir con su trabajo con la que se venía encima?



Los tres hombres, los terroristas, seguían avanzando hacia él, pero uno de ellos, el rubio casi cano, tiró repentinamente hacia la salida. El alto calvo y el bajito moreno se pararon ante el puesto de Martín, el frutero, y se pusieron con disimulo a hablar con él. Mientras, el resto de los comerciantes seguía con su trabajo, aunque Ginés, al que no se le escapaba nunca nada, se dio cuenta de que cientos de ojos estaban pendientes de la escena; esta vez no lo intuía, lo sabía con certeza.

Decidió advertir a Concha del peligro. Cuando iba a abrir la boca, vio que volvía el rubio. Llevaba una bolsa de deporte en la mano. Ginés decidió que no quedaba tiempo para nada más que para intentar evitar lo que parecía inevitable. Esta vez no se equivocaba, esta vez sí que iba a ser un héroe de verdad.

Con esta acción limpiaría de las memorias los “pequeños fallos” de acciones pasadas. La gente iría al mercado por ver a Ginés, el héroe, y de paso haría la compra con lo que los negocios prosperarían, y a la condecoración por su acción heroica se unirían otras medallas, y el Ayuntamiento de Alcalá de Henares pondría una placa en el mercado conmemorativa de su hazaña.

Vio al rubio abrir lentamente la cremallera de la bolsa. Los otros del grupo le taparon disimuladamente pero no pudieron ocultar lo que vio: de la bolsa sacó un balón redondo verde oscuro. No, no era un balón, era una sandía o, mejor dicho, la imitación de una sandía que colocó cuidadosamente entre las sandías de verdad de la frutería. No lo pensó ni un solo momento. Salió de su puesto y se avalanzó sobre ella, la cogió y salió disparado hacia la salida. De repente, aquel objeto esférico, aquella trampa mortal, estalló.

Tardó unos cuantos segundos en darse cuenta de que lo que cubría su cuerpo no era sangre, sino confeti; de que los que rodeaban no chillaban ni lloraban, sino que emitían grandes carcajadas; de que Concha no se había desmayado, sino que estaba agarrada a Pura, la de la pollería, para no caerse de la risa. Tardó unos cuantos segundos en darse cuenta de que los terroristas no sólo no habían huido, sino que parecían participar de la juerga general empuñando no armas sino cámaras de vídeo.

Tardó por lo menos un minuto en darse cuenta de que había sido víctima de una broma para la televisión. □



CONSUELO ESCOBAR. Escritora.